



## ¡No puedo comer!

**R**econozco que soy un fiel y entregado admirador y degustador de mi alimento seco, pero os tengo que contar que hace unas semanas padecí algo que espero no volver a experimentar en mi excelso organismo.

Llevaba unos días notando cierto malestar en la boca, como si mis dientes se asentaran en un volcán en erupción: calor y molestias que provocaban un aumento de la producción de saliva que me era complicado controlar: ¡Me pasaba el día tragando!

Esta horrible situación fue tétrica cuando, al acercarme a mi adorado alimento guiado por mis rugidos digestivos, introduje una de esas maravillosas y crujientes estructuras en mi boca, y al ir a morder para percibir su idílico sabor... ¡Qué dolor!

Sentí un pinchazo que recorrió mi organismo de forma fulgurante: diente, encía, cabeza, espina dorsal, ca-

beza, diente... ¡Horroroso! Expulsé la croqueta de mi boca como si aquello fuera un excremento del mismo Satanás. Mi boca chorreaba saliva a raudales y no era capaz de cerrar los labios. El mero pensamiento de que mis dientes podían tocarse entre ellos me hacía estremecer.

Mi pequeña humana contempló la escena y, al ver mi cara tras la reacción expulsiva del alimento y las babas, la suya se desencajó.

En pocos minutos estaba en la casa del tipo de la bata blanca adicto a mi sufrimiento, quien, tras mirar con extrema delicadeza mi boca, comentó algo con mi humana adulta, y, cómo no, ¡PINCHAZO!

He de reconocer que a las pocas horas de estar en casa me sentía mejor, y el confort fue regresando a mi ser cuando percibí aquel olor inconfundible, el olor de un alimento que sólo

me ofrecen cuando tengo algún problema: algo blando, reconstituyente, reconfortante, apetitosísimo, sabroso, digestivo... ¡y que no tenía que morder!

A los dos días ya estaba perfecto, sin dolor, comiendo mis adoradas croquetas (no negaré que recuerdo con nostalgia ese alimento húmedo y sabroso)... Pero a pesar de encontrarme como un roble y con todas mis funciones a plenitud, por cómo me miran y lo que cuchichean creo que voy a tener que visitar de nuevo al tipo antipático de las agujas.

En fin, ¡todo sea por la salud! ■

“ Sentí un pinchazo que recorrió mi organismo de forma fulgurante: diente, encía, cabeza, espina dorsal, cabeza, diente... ¡Horroroso! ”

